

Solemnidad de San Martín de Tours

Santo Patrono de Buenos Aires

Homilía

Lecturas: Is 61, 1-3a; SR 118, 1-2.10-11.17-18; 2Co 5,14-20; Mt 25, 31-40

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**



La profecía de Isaías que acabamos de proclamar es el anuncio más iluminado y revelador acerca del Mesías que esperaba el pueblo de Israel. Tal es así que Jesús, al comienzo de su ministerio público, hará tuyas estas palabras: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor». Es el mismo profeta que transmite fielmente lo que Dios le revela: «Consuelen, consuelen a mi pueblo».

El salmo es un cántico que proclama la fidelidad divina que nunca retira su Alianza y confirma su promesa, por eso dice: «Mi amor se mantendrá eternamente, mi fidelidad está

afianzada en el cielo».

San Pablo hoy nos recuerda nuestra condición de bautizados: «El que vive en Cristo es una nueva criatura». Entonces, si esto es así «somos embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio de nosotros». Esta identificación con Cristo es el ideal de todo cristiano y el camino más seguro a la santidad.

El Evangelio de San Mateo nos ha revelado la nueva presencia de Cristo Resucitado entre nosotros. Es el Dios escondido detrás del rostro de cada semejante que encontramos en el camino de la vida. La caridad es el mejor medio para reconocerlo. Y esto ya nos presenta a nuestro Santo Patrono, que es reconocido en la tradición católica como el Santo de la Caridad, fiel reflejo del buen

samaritano.

De la serie de parábolas sobre la vigilancia de Mateo 25, nos vuelve a interpelar la asombrosa imagen de un juicio que llevará a cabo el Hijo del hombre cuando regrese glorioso y convoque a todas las naciones. Es la última parábola sobre el Reino prometido y Jesús retoma la enseñanza de aquella bienaventuranza que declara: «Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

El texto que hemos escuchado, nos enseñó San Juan Pablo II, «... “no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo”. En este llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configu arse»¹.

Hoy la liturgia nos permite celebrar la memoria de un santo que sirvió a Jesús, misteriosamente presente en todos los pequeños.

En la *Vida de Martín* escrita por Sulpicio Severo –contemporáneo del santo–relata un célebre episodio en la ciudad de Amiens. Martín, compadecido de un pobre que padecía frío a las puertas de la ciudad, rasgó su capa militar por la mitad y se la ofreció. Por la noche Cristo se le apareció en una visión y le dijo: «Martín, siendo todavía catecúmeno, me ha cubierto con este vestido» (VM 3, 3). La iconografía mostrará una señalada preferencia por este hecho en las representaciones del santo. Hoy, ante su imagen y su reliquia deseo recordarlo con la semblanza salida de la pluma del poeta Francisco Luis Bernárdez, un grande de las letras argentinas:

«El soldado Martín detuvo su caballo y se quedó mirando al mendigo
que le pedía una limosna por el amor de

Nuestro Señor Jesucristo,
y vio que tenía los ojos de los que han llorado y llorado desde niños,
y vio que tenía las manos de los que solamente saben este oficio
y vio que tenía los pies de los que no conocen sino este camino.
Y vio que tenía la boca de los que no han dicho palabras de cariño,
y vio que tenía la frente de los que no saben dónde hallarán arrimo,
y vio que aquel cuerpo sediento y hambriento estaba casi aterido de frío,
y vio que el alma de aquel cuerpo también carecía de alimento y abrigo.
El soldado Martín detuvo su caballo y, después de mirar al mendigo,
contempló la dulce campiña, los árboles, los pájaros, el cielo y el río,
feliz cada cual en su mundo, feliz cada cual en sus límites estrictos,
feliz cada cual en el orden impuesto a las cosas por el Dedo infinito,
menos el hombre sin amparo que le pedía una limosna en el camino
y aunque Martín aún no había recibido las santas aguas del bautismo
que lavan el entendimiento para que refleje los misterios divinos,
(aunque Martín era soldado de Roma todavía no lo era de Cristo),
comprendió toda la miseria, comprendió todo el horror del hombre caído,
y comprendió también que aquella debilidad provenía del hombre mismo
y no de Dios, que todo, todo, lo había creado fuerte, feliz y limpio.
El soldado Martín detuvo su caballo y, volviendo a mirar al mendigo,
pensó en el valor que tendría la naturaleza humana en el plan divino,
pensó en el valor que tendría la naturaleza de aquel ser desvalido,
cuando, para restaurarla, fue menester que

1. *Gaudete et Exsultate*, 96.

lo grande se hiciera chico,
que lo infinito se volviera finito, que lo
eterno tuviera principio,
que la causa se hiciera efecto, que lo
absoluto se volviera relativo,
que se ofreciera en sacrificio nada menos
que la Palabra de Dios vivo;
y al pensar en esto el soldado, no teniendo
con qué socorrer al mendigo,
como aquella causa era justa, desenvainó la
espada que llevaba al cinto,
rasgó por el medio su capa, le alargó la
mitad y siguió su camino,
llevando la otra mitad para cubrir
espiritualmente al pueblo argentino,
que, con el andar de los años, había de
nacer aquí, donde nacimos»².

La elección de San Martín como protector
de la ciudad aconteció de una manera
sorprendente. Dada la fundación definitiva
de Buenos Aires en 1580 por el adelantado
Juan de Garay, las ordenanzas reales
exigían que, cuanto antes, se eligiese entre
la Comunión de los Santos, a quien debía

2. Oda: *Estampa de San Martín de Tours, patrón
de Buenos Aires*.

interceder ante Dios por los miembros
presentes y futuros de lo que entonces era
un centenar de personas. Los miembros
del improvisado cabildo echaron suerte
y por tres veces salió el obispo francés.
La triple elección obedeció a la porfía de
los cabildantes, que esperaban surgiese la
figura de uno de los tantos mártires, beatos
y santos con los que España contaba en su
tradición³.

La fe en Dios, la bondad y caridad con el
prójimo que caracterizaron la vida de San
Martín de Tours, hoy, durante más de cuatro
siglos, siguen siendo un testimonio vivo del
Evangelio de Jesús. La vida cotidiana que
transcurre en nuestra ciudad tiene luces y
sombras. Los millones que vivimos y otros
tantos que transitan por distintos intereses,
muchas veces se muestran indiferentes
ante el dolor de los demás, y nuestro Santo
samaritano nos enseña a no pasar de largo
ante el dolor y las necesidades ajenas. Esta
es la razón por la que Dios quiso, en su gran
misericordia, ponernos bajo su amparo y
dirección espiritual.

3. Véase: Cayetano Bruno SDB, *Historia de la
Iglesia en la Argentina*, vol. I, págs. 246-247.